





EL HIJO DEL CARDENAL



Pedro Pastor

EL HIJO DEL CARDENAL



Primera edición: septiembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Pastor

ISBN: 978-84-17548-04-9

ISBN digital: 978-84-17548-05-6

Depósito legal: M-27831-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Arminda, mi fuente de inspiración y mi amor.
Sin sus ánimos y sus consejos,
está novela nunca habría sido posible*



El sonido melodioso del *Danubio Azul* de Johann Strauss comenzó a sonar en mi móvil, acariciando suavemente mis oídos. Instintivamente, sin saber muy bien lo que hacía, toqué la pantalla para descolgar. No era aún consciente del día ni de la hora que era.

—Juan, supongo que ya estás de camino hacia Santa Cruz, ya son las diez y cincuenta —era la inconfundible voz autoritaria de mi padre al otro lado del teléfono.

—Estoy en la ducha —mentí descaradamente mientras saltaba de la cama como impulsado por un resorte.

—¿No te habrás olvidado que hemos quedado a las once y cuarto en la puerta de Santa Cruz?

—¡Por supuesto que no! Me visto y estoy allí en un periquete.

Tenía que darme prisa. Y, por supuesto, no podría desayunar. Desde mi renovada buhardilla en la calle Arribas, se tardan cinco minutos en llegar al Palacio de Santa Cruz. Tenía, por tanto, veinte minutos para ducharme y vestirme, tiempo más que suficiente.

No estaban siendo buenos tiempos para mí. Desde que había muerto mi madre de un cáncer galopante hacía ya cuatro meses, me había vuelto totalmente intolerante. Era incapaz de aceptar cualquier tipo de imposición o norma establecida, y se había acentuado aún más mi anticlericalismo. Lo contrario que mi padre, que había aceptado la muerte de mi madre con una gran resignación cristiana.

Mis ingresos en la Universidad llegaban holgadamente para pagar la renta de la buhardilla, junto a la Catedral, dónde vivía. Pero eran insuficientes para llevar la vida que pretendía, en un dúplex de

lujo con *jacuzzi* y conduciendo un coche todo terreno de gran cilindrada. Por eso, a veces, hacía trabajos esporádicos de articulista en un periódico digital, de profesor de inglés o de restaurador de libros antiguos. Esto hacía que mi conciencia estuviera en permanente lucha entre mis ideales anarcocomunistas y la vida, con la que soñaba, de sibarita urbano. Podía definirme como un capitalista pluriempleado con ideas comunistas.

Mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo habían sido militares, y toda mi familia esperaba que yo hubiera ingresado en el ejército para seguir sus pasos. Sin embargo, mis pensamientos están muy lejos de las normas y la disciplina que exige la vida militar.

Al llegar a la Plaza de Santa Cruz, mi padre me estaba esperando. Charlaba animadamente con un hombre, cuyo rostro me resultaba familiar.

«Juan, te presento al doctor Quintanilla. Es el director de excavaciones del Proyecto Pintia de la Universidad de Valladolid, en Padilla de Duero».

Miguel Quintanilla era un hombre afable. Inmediatamente, me tendió su mano huesuda para darme un fuerte apretón de manos. Resultó ser un hombre locuaz, de conversación fácil y amena, que se lamentó de los expolios continuos que estaban sufriendo las excavaciones y del poco interés que mostraba la Junta de Castilla y León para señalar y promocionar el yacimiento arqueológico.

Antes de irse, Quintanilla nos comentó que la UVA (Universidad de Valladolid) tenía previsto organizar unas jornadas divulgativas sobre el yacimiento de Pintia. Nos mantendría informados por si quisiéramos asistir.

Después de despedirnos del profesor, entramos en el palacio de Santa Cruz. Dirigimos nuestros pasos a la biblioteca histórica, situada en el primer piso del palacio.

Desde que se había jubilado del ejército, mi padre empleaba la mayor parte del tiempo en investigar. Su especialidad era la historia de los asentamientos monásticos en Castilla y León. Yo le acompañaba como asesor informático, ya que la mayor parte de

los documentos estaban digitalizados y él no era muy experto en temas tecnológicos.

Quería consultar el *Beato de Valcabado*, un códice mozárabe de los *Comentarios del Apocalipsis de San Juan* que había copiado un monje llamado Oveco en el Monasterio de Valcabado en el año 970. Es la joya de la biblioteca histórica de Santa Cruz. Al entrar en la impresionante biblioteca, que contiene numerosos manuscritos, libros raros e incunables de temática fundamentalmente religiosa, nos llamó poderosamente la atención el retrato ecuestre del fundador, el Cardenal Mendoza, que aparece montando sobre un caballo blanco a la manera de Santiago Matamoros.

—¿Sabes que el cardenal tuvo tres hijos? —comenté susurrando a mi padre.

—Ya conozco la historia. Eran otros tiempos y, entonces, no estaba mal visto que los obispos, los cardenales e, incluso, los papas tuvieran hijos bastardos. El Cardenal Mendoza, sin embargo, reconoció a sus hijos. Además, consiguió que fueran nombrados herederos con el beneplácito de la Reina Isabel.

—Pero seguro que ignoras que el hijo pequeño, Juan Hurtado de Mendoza y Tovar, nació aquí, en Valladolid. Después de abandonar la carrera eclesiástica, se hizo soldado de fortuna y fue capitán en el ejército comunero.

—¡Fue la oveja negra de la familia! —sentenció mi padre mientras esbozaba una sonrisa.

Un ujier se acercó sibilamente para llamarnos la atención:

—Ya saben que no se puede hablar dentro de la biblioteca — Estuve a punto de contestarle irritado, pero un sutil codazo de mi padre me hizo desistir.

—No se preocupe, no volverá a ocurrir.

Estuvimos cerca de dos horas en el ordenador, consultando los datos que necesitaba mi padre, bajo la mirada vigilante del bibliotecario. Como eran casi las dos, decidimos ir a tomar un verdejo hasta alguna cantina de la calle Paraíso mientras hacíamos tiempo hasta la hora de comer.



Tres meses antes.

—Buenos días. PHG Global Expert Dispatch, ¿qué desea?

—Buenos días, señorita. Mi nombre es Robert Brosmac. Quisiera concertar una cita en su despacho para expertizar unos documentos. Soy el director de una empresa de subastas. Un cliente nos ha encomendado una serie de objetos para nuestra próxima subasta entre los que se encuentra un manuscrito antiguo que podría tener cierto valor. Necesitamos un certificado pericial, firmado por un experto, que acredite su autenticidad.

—Si le va bien, el próximo martes a las cinco puede recibirle el Sr. Horacio García, director del departamento de grafología pericial —contestó la secretaria al otro lado de la línea.

—De acuerdo, allí estaré. Por favor, ¿me confirma la dirección del despacho? —dijo Brosmac.

—Nuestras oficinas se encuentran en el centro de Valladolid, en la calle Santiago 17, en el tercer piso.

A las cuatro y cincuenta minutos, dos hombres impecablemente vestidos entraban en el portal número 17 de la calle de Santiago.

—Buenas tardes, señorita. Estamos citados con D. Horacio García.

—Esperen un momento en la sala, el Sr. García les recibirá en unos minutos —les dijo amablemente la persona que les había abierto la puerta.

—Pueden pasar. D. Horacio García les está esperando en su despacho —la secretaria les hizo pasar a un moderno despacho, en cuya pared lateral había un amplio ventanal que daba a la calle.

—Soy Horacio García —dijo la persona que se sentaba detrás de la mesa del despacho mientras se levantaba para tenderles la mano.

—Mi nombre es Robert Brosmac. Y mi socio es Eric Drapper. Somos representantes de una importante casa de subastas de antigüedades y libros antiguos. Nos ha llegado un manuscrito fechado en 1525 para la próxima subasta. Queremos que usted le expertice. Necesitamos un informe sobre su autenticidad y, por supuesto, un certificado oficial.

Mientras decía esto, Brosmac abrió un maletín de piel que había dejado sobre la mesa, sacó un pequeño libro con las cubiertas de color escarlata y se lo acercó a Horacio García, quien ojeó brevemente el manuscrito. Estaba escrito a mano. En la portada podía leerse: «*MI DIARIO*». Y en la última página lo firmaba Juan Hurtado de Mendoza y Tovar en la ciudad de Jaca el año 1525

—El manuscrito, en principio, me parece auténtico, pero lo tendría que examinar con más detenimiento. De todas formas, no soy especialista en grafología medieval. Tal vez no sea la persona adecuada para extender el certificado. Me lo tendrán que dejar unos días —dijo Horacio García.

—No se preocupe, Sr. García. Tengo buenas referencias de su empresa. Le considero completamente capaz de realizar la expertización. ¿Le parece bien que volvamos el viernes a esta misma hora? —dijo con seguridad el Sr. Brosmac.

—De acuerdo, el viernes a las cinco nos volvemos a ver y les adelanto mis impresiones —contestó García mientras tendía la mano a los dos hombres para despedirse.

Nada más salir del despacho Brosmac y Drapper, Horacio García tecleó en el buscador de su portátil el nombre que aparecía en la firma del diario. Lo que apareció en la pantalla le confirmó plenamente lo que pensaba. Juan Hurtado de Mendoza y Tovar era

el tercer hijo del célebre Cardenal Mendoza. Había nacido en Valladolid, combatió en las tropas comuneras en la batalla de Villalar y, después de la derrota, huyó a Francia para enrolarse en las tropas de Francisco I.

Le dio un vuelco el corazón. Si el diario era auténtico, tenía entre las manos un documento histórico de valor incalculable.

Lógicamente, antes tenía que examinar el papel, la caligrafía, la tinta, etc. El libro estaba perfectamente datado y todos los indicios parecían confirmar que el manuscrito era auténtico.

A las cuatro y cincuenta minutos del viernes, los dos hombres llamaban al timbre de la oficina de PHG Global Expert Dispatch

—Pasen señores. D. Horacio García les está esperando —les indicó la secretaria.

Después de los saludos de rigor, los dos hombres se sentaron al otro lado de la mesa del despacho.

—Mi impresión como experto grafólogo es que el manuscrito es auténtico y no ha sido manipulado. Sin embargo, ya les comenté que no me considero un experto en grafología medieval. Éticamente no me siento capacitado para emitir un certificado que acredite la autenticidad. Les puedo recomendar algunos profesionales especializados. Cualquiera de ellos estaría encantado de atenderles y redactar el certificado —dijo el perito.

—Dejémonos de tonterías Sr. García. Ya sabemos que el manuscrito es auténtico y que Juan Hurtado de Mendoza fue hijo del Cardenal Mendoza. No necesitamos ningún certificado, aunque sabemos que usted está perfectamente capacitado para expedirlo. Tampoco necesitamos que nos recomiende otros expertos. Lo que le queremos solicitar es una pequeña transacción comercial —replicó en tono seco Drapper.

—Ustedes dirán de qué se trata pero..., me temo que...

—Hablaremos claro —dijo Brosmac. Tenemos noticias de que la semana pasada usted perdió una importante cantidad de dinero en el casino, unos cinco mil euros, y entregó un talón contra una cuenta bancaria que actualmente no tiene fondos. El asunto es bas-

tante grave. El casino puede denunciarle por estafa. En el mejor de los casos, tendrá que pagar esa cantidad más el diez por ciento, y le pedirán una indemnización por daños y perjuicios, con lo cual esa cantidad aumentará considerablemente.

—Queremos pedirle que el profesor Juan Maroto haga un pequeño trabajo para nosotros. Sabemos que si se lo pedimos nosotros directamente, lo rechazará. El profesor es amigo suyo y, por eso, pretendemos que usted le haga llegar este manuscrito junto con un mapa que le vamos a entregar. Si nos ayuda, nosotros cubriremos la cantidad de su cheque y todo quedará olvidado —comentó Drapper con frialdad.

—Efectivamente, Juan Maroto es uno de mis mejores amigos. Le conozco muy bien. Sé, con seguridad, que si le pido algo ilegal, no lo hará. Tiene un sentido de la moralidad muy estricto.

—Entonces, como le conoce bien, tenemos que buscar la manera de hacerle llegar el diario y el mapa de manera accidental, como si apareciera casualmente —dijo cínicamente Drapper.

—Yo no quiero estar implicado en nada y, mucho menos, involucrar a mi amigo Juan Maroto en algún asunto poco claro —argumento Horacio García.

—No tiene por qué preocuparse. Maroto no tiene por qué saber que usted nos ha ayudado. Su amistad seguirá intacta y, a cambio, nosotros saldaremos su deuda con el casino —sentenció Brosmac.

—Estoy pensando que hay una tienda de libros viejos en la calle Encarnación. Tal vez, les pueda servir para sus planes. El librero se apellida Salazar. Juan Maroto suele acudir con frecuencia a esa librería a buscar libros raros. Pueden contactar con Salazar y pedirle que colabore con ustedes. Pero tendrán que idear un buen plan para que Juan no desconfíe —dijo Horacio convencido.

—Está bien, haremos que encuentre primero el pergamino con el mapa. Después veremos cómo le hacemos llegar el manuscrito. Tal vez, Maroto necesite un pequeño empujón de su parte, como amigo, para que todo le resulte más creíble. ¿Podemos contar con su colaboración? —preguntó Drapper.

—De acuerdo, les ayudaré siempre que me aseguren que no van a hacer ningún daño a Juan y que no sabrá nada sobre mi colaboración —aseveró Horacio con decisión.

—No se preocupe —dijo con cinismo Drapper mientras tendía la mano a Horacio García para despedirse—. Estaremos en contacto. Si quiere preguntarnos algo, ésta es nuestra tarjeta comercial —dijo el otro hombre mientras le entregaba una tarjeta donde podía leerse: Brosmac & Drapper International Auctions.



El insistente timbre del teléfono de la mesita de noche le despertó súbitamente. De forma automática, descolgó el auricular y contestó aturdido, con voz aún somnolienta.

—¿Diga? ¿Quién llama?

—Buenas noches. ¿Puede ponerse el Sr. Salazar?

Por un momento pensó colgar el teléfono y seguir plácidamente durmiendo, pero habían preguntado claramente por su nombre. Sin duda, le conocían.

«¿Quién se atrevía a importunarle a aquella hora tan inusual?». Miró el despertador. Eran las dos y cuarto de la madrugada. «¿Acaso quien llamaba no sabía la hora que era?». Pero, pensó que si alguien le llamaba a aquella hora intempestiva, sería para algo importante, que no podía tratarse de un error.

—Soy Salazar, ¿con quién hablo? —contestó preocupado.

—Perdone lo inoportuno de la hora. Soy Eric Drapper. Necesito verle mañana. Es algo muy importante. Le espero a las ocho de la mañana en la cafetería del Hotel Felipe IV. Mi avión sale a las diez y tengo que desplazarme hasta el aeropuerto, no se retrase.

Aquello no le había sonado a una petición, sino a una orden. «¿Qué se creía aquel hombre? ¿Con quién creía que estaba hablando? Él no le debía nada», pensó Salazar, que estuvo a punto de replicar y mandar a aquel individuo a la ..., de no escuchar el pitido que emite el teléfono al cortar la comunicación.

«Oiga..., Drapper... ¿Puede oírme?». Comprendió que su comunicante había colgado, que ya no había nadie al otro lado de la línea telefónica.

«Dormiría hasta las siete de la mañana y luego acudiría a la misteriosa cita», pensó. Le parecía muy temprano, pero la llamada había sido con número oculto y no podía llamar para posponer la cita. Intentó dormir de nuevo, pero no pudo. Aquella llamada le había intranquilizado.

Conocía al Sr. Drapper desde que entró en su tienda acompañado de Agustín López, un anticuario de Arévalo. Se le había presentado como un coleccionista de libros antiguos que estaba buscando incunables y a quien, según López, no le importaba pagar una importante cantidad de dinero si lo que se le ofrecía, merecía la pena.

A la semana siguiente, Drapper volvió a la librería. Iba acompañado de otro hombre, también extranjero. Le habían entregado un pergamino aparentemente antiguo y le habían ofrecido trescientos euros si conseguía que el pergamino llegara casualmente a manos del profesor Juan Maroto. Sabían que frecuentaba su librería y que, a veces, le encargaba buscar algún libro raro.

Después de irse los dos hombres, Salazar cayó en la cuenta de que Maroto había estado en su tienda tres días antes. Buscaba un libro sobre la vida del Cardenal Cisneros, de la primera edición del año 1740 de Amberes. Pensó que era una forma fácil de ganar un dinero extra. Colocaría el pergamino dentro del libro, telefonaría al profesor y le diría que había encontrado el libro que le encargó. Al fin y al cabo, ¿qué daño hacía con ello? Maroto tendría el libro que buscaba; encontraría dentro, por casualidad, el pergamino que le había entregado Drapper y él ganaría trescientos euros. Al final, todos contentos.

Cuando llegó a la cafetería, Drapper estaba sentado en una mesa. Le acompañaba el hombre extranjero con el que había estado en la librería. Ambos vestían trajes elegantes y conversaban en inglés mientras desayunaban.

—Buenos días Sres —les saludó Salazar mientras tendía la mano a Drapper.

—¿Qué tal? Creo que ya conoce al Sr. Brosmac. Estuvo conmigo en su tienda ayer. Le ruego nos perdone haberle citado tan pronto, pero tenemos que salir rápidamente hacia el aeropuerto.

—Hechas las presentaciones, vayamos al grano. Tengo que abrir la librería —contestó Salazar en un tono cortante. No le había gustado nada el carácter imperativo de Drapper al teléfono.

—Le vamos a ser muy claros, Sr. Salazar —intervino Brosmac en perfecto castellano—. Representamos a un museo especializado en arte precolombino. Estamos siguiendo la pista de unas importantes piezas arqueológicas. Según nuestros informes, podrían encontrarse en un pueblo de esta provincia. Pretendemos encontrarlas y llevarlas a nuestro museo.

—Llevamos repartidos veinte mil euros en regalos, donaciones y pequeños sobornos, incluidos estos seiscientos euros. Ahora no podemos dar marcha atrás. Es mucho el dinero que llevamos gastado y nuestros clientes nos pedirán resultados —comentó Drapper mientras acercaba un sobre cerrado a Salazar.

—Creí que habíamos hablado de trescientos euros por mi colaboración en el asunto del pergamino.

—Efectivamente, Sr. Salazar. Los otros trescientos son por otro pequeño favor que necesitamos que usted nos haga. Hay una persona que nos mantiene informados de los pasos del profesor Maroto, por eso sabemos que le ha pedido que busque un libro. Deseamos que acelere la búsqueda y que aparezca el libro rápidamente.

—Pero ignoro donde encontrar el libro que me ha pedido —respondió cínicamente Salazar.

—No se preocupe. Nosotros le entregaremos el libro y algo mejor. Tenemos un diario manuscrito que guiará a Maroto para encontrar la otra mitad del mapa. Ya le he dicho que hemos tenido

que repartir pequeños sobornos entre algunos funcionarios. Los otros trescientos euros son precisamente para que haga llegar a las manos del profesor el librito que le vamos a entregar ahora —dijo Brosmac sonriendo—. Usted se las arreglará como quiera para conseguirlo.

—¿Por qué tanta complicación? ¿Por qué no le piden directamente al profesor que trabaje para ustedes? —preguntó el librero.

—Lo haríamos encantados, pero no es algo tan simple. La madre del profesor era natural del pueblo donde pensamos que se encuentra lo que buscamos. Y, además, Maroto tiene experiencia en otras excavaciones anteriores en ese mismo lugar —matizó Brosmac.

—Por el contrario, nosotros desconocemos el terreno. Además, los vecinos se niegan a colaborar con nosotros por ser extranjeros. Y, según nuestro colaborador, el profesor tiene una moral muy estricta, de modo que si encontrara las piezas que buscamos, informaría inmediatamente a las autoridades de su hallazgo y mucho me temo, entonces, que los responsables de Patrimonio del Estado no estarían muy de acuerdo con que esas piezas viajaran fuera de España —comentó Drapper.

—Pretendemos proporcionar al profesor Maroto las pistas que le guíen en la búsqueda, pero nosotros haremos el descubrimiento final. Y antes de que nadie se de cuenta, las piezas estarán fuera de España —apostilló Brosmac con seguridad.

—De acuerdo, pero que quede claro que mi única intervención será hacer llegar el manuscrito de forma casual a Maroto. No quiero saber nada sobre supuestas obras de arte escondidas y negaré siempre conocer nada al respecto —masculló Salazar fingiendo una falsa inocencia.

De camino hacia su pequeña tienda en la calle Encarnación, Salazar se sintió un hombre afortunado. Aquel asunto le iba a reportar una buena cantidad de dinero y apenas tendría que hacer nada, salvo un par de llamadas telefónicas y decir alguna mentira sin mucha importancia. Pero a los pequeños engaños, él ya

estaba acostumbrado. Sin embargo, no sería fácil hacer llegar el manuscrito a Juan Maroto. Era una persona inteligente y la farsa tendría que ser muy creíble para que no descubriera la falacia, lo que estropearía toda la maquinación que Drapper y Brosmac habían ideado.



Al llegar a la buhardilla, había un mensaje en el contestador: «Buenos días, Sr. Maroto. Soy Salazar. He encontrado el libro que estaba buscando. Estaré toda la tarde en la tienda por si quiere acercarse».

A las cinco de la tarde, me presente en el pequeño local atestado de muebles, libros y cachivaches de todo tipo. Aquella no era la primera vez que acudía a la pequeña tienda de antigüedades de la calle Encarnación. Sobre la entrada, un sencillo rótulo con letras negras anunciaba: Libros y cosas. El chamarilero era un hombre delgado, de gestos nerviosos, piel cetrina y un pequeño bigotillo que apenas le sombreaba el labio superior y le daba un aspecto siniestro.

Tan pronto me vio aparecer, se levantó de una butaca roja de terciopelo, situada frente a un pequeño escritorio de roble. Llevaba entre sus manos un libro con pastas gastadas de cuero. Era de pequeño tamaño, no más grande que un devocionario. En la portada, con letras doradas apenas legibles, podía leerse: «*Historia del Cardenal Ximénez de Cisneros* por el Ilustrísimo Exprit Flechier, obispo de Nimes. Impreso en Amberes en 1740».

Aquel inesperado hallazgo, me había cogido por sorpresa y no supe bien cómo reaccionar. Llevaba varios años buscando el libro de Flechier en librerías de viejo y en subastas de internet. Sabía sobre su existencia por haberle visto citado en la bibliografía consultada por algunos historiadores a la hora de tratar temas relacionados con los Reyes Católicos.

Sin embargo, lo que realmente me sorprendió del libro fue ver en la esquina inferior de la portada una marca con un sello estampado en tinta azul con dos A entrelazadas y rodeadas por un círculo. Aquel anagrama me resultaba familiar, aunque desconocía en aquel momento dónde lo había visto antes.

El librero se acercó de nuevo al escritorio de la entrada y volvió, esbozando una leve sonrisa cínica, con una hoja de pergamino doblada en cuatro. «Esto estaba dentro del libro», comentó con aparente inocencia.

Me llevé instintivamente la mano al pecho e inspiré profundamente. El corazón me palpitaba tan fuerte que pensé que Salazar podía oírle. Desplegué con mucho cuidado el pergamino. Dos de los dobleces se habían pegado por un extremo, por lo que tuve que tener especial cuidado para separarlos sin que se rompieran. A simple vista, era un mapa dibujado con tinta negra. Tenía todo tipo de detalles, pero daba la sensación de que faltaba una parte del dibujo. Era como si alguien lo hubiera partido por la mitad. En la parte alta del mapa, con números temblorosos, estaba escrito 15...

Desde que escuché el mensaje del anticuario en el contestador, tuve el extraño presentimiento de que, aquella vez, Salazar había encontrado algo interesante. Conocía al librero. Sabía que no era aconsejable mostrar mucho interés por lo que ofrecía, pues aumentaba considerablemente su precio. Por eso, fingí que el pequeño libro carecía de valor. Pero al cogerle en mis manos, experimenté una inesperada sensación de satisfacción.

Sólo había sentido aquella rara sensación dos veces más a lo largo de mi vida. La primera, el día que descubrí accidentalmente, tirado en un puesto del Rastro de Madrid, el libro de acuerdos del concejo de Villafrades de Campos (1510-1550) —estaba manuscrito y tenía unas tapas de pergamino tan deterioradas y mugrientas que parecía haber estado en un estercolero—, donde se relataba la quema del pueblo, cumpliendo el castigo impuesto por la Real Chancillería de Valladolid a propuesta de Cisneros, el primer domingo de mayo de 1517. La segunda vez fue con motivo de las excava-

ciones que se realizaron el año 1995 en Villafrades, en el paraje de las Paredejas, donde antiguamente estuvo ubicado un convento de religiosas. En las excavaciones, se encontró un precioso Cristo de marfil del siglo XV perfectamente conservado. Se descubrieron, además, varias piezas del ajuar de barro empleado por las monjas y algunos utensilios de cobre de cierto interés. Había acudido allí como experto comisionado por la Universidad de Valladolid para dirigir un campo de trabajo junto a un grupo de estudiantes europeos. Durante todo el verano desenterramos el perímetro de lo que fue el antiguo convento. En aquella ocasión, tuve que emplear todas mis influencias para que accedieran a enviarme allí. A fin de cuentas, se trataba del pueblo de mi madre y era algo que la debía.

Actualmente trabajaba como profesor titular de la Cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid. Como tal, disponía en el edificio anexo de un coqueto despacho, que consideraba como un pequeño refugio donde me aislaba en las frías tardes del invierno vallisoletano.

Muy a mi pesar, disimulé como mejor pude la emoción que me embargaba y pedí a Salazar permiso para llevarme el libro junto con el pequeño pergamino a mi casa con el fin de examinarlos detenidamente.

Al mirar con detenimiento el librito, comprobé que las páginas impares tenían en el borde inferior unas letras mayúsculas escritas a mano, que, hasta entonces, me habían pasado desapercibidas. Las letras no parecían tener ningún sentido lógico: R, O, Y, A, M, R, A, T, L, A, L, E, O, J, A, B. También observé que la numeración de las páginas dos, tres, diecisiete y cincuenta y dos estaba rodeada por un pequeño círculo.

En cuanto al mapa, parecía antiguo. Era un trozo de pergamino con los pliegues casi transparentes. No aparecía el nombre de ningún lugar y, por tanto, desconocía lo que representaba. Ignoraba si el libro y el mapa estaban relacionados de alguna forma o si, simplemente, alguien había guardado casualmente el mapa dentro del libro. Era evidente que, aunque el mapa fuera auténtico, no perte-

necían a la misma época. El mapa estaba fechado en 15..., mientras que el libro estaba editado en Amberes en 1740.

Aquella noche apenas pude dormir buscando alguna explicación. Por más que me esforcé, el sueño logró vencerme sin que consiguiera aclarar mis ideas.

A la mañana siguiente, al levantarme, observé el pequeño libro sobre la mesita de noche y se me pasó por la cabeza que, tal vez, aquellos signos no significaban nada, que simplemente podría haberlos puesto alguien como una marca de lectura. De todas formas, llevaría el libro a la universidad para enseñárselo a mis amigos y ver qué opinaban. Hice unas llamadas con el móvil para citarlos a las diez de la mañana en la sala de profesores y me di una ducha fría para despejarme.

Cuando entré en la gran sala destinada para las reuniones de profesores, había dos hombres y una mujer que charlaban animadamente junto al ventanal. Eran Teodoro, Ana y Horacio, mis mejores amigos en la universidad.

—Hola a todos.

—Hola, Juan —respondieron al unísono.

Uno de los hombres era Teodoro Ramos. Era alto, moreno y con una poblada barba negra. Se adelantó y me tendió la mano para saludarme. Habíamos sido compañeros de estudios en el colegio y en la universidad. Últimamente, sin embargo, apenas nos veíamos. Teodoro impartía clases de Historia Antigua en la Universidad de Salamanca. Estaba pasando unos días en Valladolid por el delicado estado de salud de su padre, que se encontraba ingresado en el hospital convaleciendo de una operación.

«Hacía tiempo que no te veía. Creo que..., desde la comida de los antiguos alumnos de hace dos años. A la última no pude asistir», dijo Teo a modo de saludo. Se refería a la comida que anualmente celebrábamos los compañeros de estudios en el colegio Nuestra Señora de Lourdes de Valladolid.

La mujer era Ana Pérez. Tenía la cara redonda, el pelo negro y corto, la nariz respingona y los ojos verdes, lo que daba a su rostro

un aspecto especialmente agradable. En otros tiempos, estuve locamente enamorado de ella, pero ella volvió a Portugal y la relación se apagó con la distancia. Ana estaba en Valladolid, becada por la Universidad de Lisboa, para escribir un libro sobre Cristóbal Colón y el descubrimiento de América que publicaría la universidad.

Ana era española, pero había estudiado toda su carrera en la Universidad de Lisboa. Como hablaba perfectamente español y era especialista en temas iberoamericanos, la habían enviado temporalmente a Valladolid para que pudiera documentarse en el Archivo General de Simancas. Pasaba la mayor parte del tiempo entre el Archivo y la biblioteca de la UVA.

Era la segunda vez que visitaba Valladolid. En 1994, con motivo de la conmemoración del V Centenario de la firma del Tratado de Tordesillas, había viajado a Valladolid como representante de la Universidad de Lisboa. De esa primera visita, databa su amistad conmigo. Nada más llegar a la ciudad me convertí en su asiduo acompañante y confidente.

El otro hombre era Horacio García, antiguo compañero durante el bachillerato en el internado del colegio de Lourdes. El destino nos había vuelto a reunir en la universidad y, desde entonces, nos habíamos hecho inseparables. Horacio era socio del despacho PHG Global.Expert Dispatch, donde trabajaba como perito calígrafo. Se dedicaba a emitir informes judiciales y extrajudiciales para detectar fraudes documentales. A veces, le llamaban como grafólogo experto en los juzgados y tribunales. También era muy aficionado a los casinos, a los juegos de azar y a resolver jerglíficos y crucigramas, siendo muy extraño que dejara alguno sin completar.

«Quiero enseñaros algo que me ha intrigado toda la noche», comenté mientras abría el librito para mostrarles las marcas en las páginas.

Cada uno aportó sus ideas respecto al significado que podían tener aquellas letras. Ninguno, sin embargo, consiguió convencer a los demás hasta que, por fin, Horacio hizo una proposición que sí

pareció hacerlo: «Lo primero que tenemos que hacer es transcribir en un papel las letras de atrás hacia delante. Podría tratarse de un jeroglífico inverso que sería muy fácil de resolver».

Al copiar las letras sobre un folio tal como había dicho Horacio, apareció ante nuestros asombrados ojos una frase totalmente inesperada: B A J O E L A L T A R M A Y O R. La resolución del enigma parecía ahora cosa de niños. La frase, indudablemente, tenía sentido, aunque no sabíamos lo que realmente significaba.

A continuación, desplegué el pequeño pergamino sobre una de las mesas y los cuatro nos dedicamos a especular sobre lo que podía representar el mapa. Fue imposible ponernos de acuerdo. En lo único en lo que coincidimos fue en la certeza de que el pergamino era solo la mitad de un mapa.

En cuanto a los números, después de descartar varias posibles combinaciones, llegamos a la conclusión de que podría tratarse de una fecha concreta, el 2 de marzo de 1752. Pasamos toda la mañana tratando de relacionar, de cualquier manera posible, la frase, el libro y la fecha. No pudimos encontrar nada satisfactorio. Tampoco conseguimos descifrar lo que podía representar aquel mapa.

Ana comentó que tenía que acudir al día siguiente al Archivo General de Simancas. Tenía que cotejar unos datos del segundo viaje de Cristóbal Colón. Normalmente, se desplazaba hasta Simancas en autobús, pues no tenía coche. Pensé que, ya que no habíamos avanzado en las averiguaciones, tal vez sería buena idea acompañarla para ver si se nos ocurría algo por el camino y, también, aunque trataba de negar la evidencia, por estar más tiempo a su lado.

—¿Qué te parece si te llevo mañana en mi coche hasta Simancas?

—Creí que estabas ocupado con tus clases —contestó ingenuamente Ana.

—No te preocupes, me tomaré el día libre. Así podríamos aprovechar para comer en el restaurante las Tercias y, por la tarde, acercarnos hasta Tordesillas para visitar la Casa del Tratado.

—Ya la conozco, pero es una buena ocasión para volver —
apostillo Ana.

Así pues, quedamos a las nueve de la mañana del día siguiente. Nos veríamos en la entrada del aparcamiento de coches subterráneo que está junto a la catedral.

Por la noche, al volver a mi pequeña buhardilla, a pesar de que aún era temprano, decidí irme a dormir. Estaba cansado, pero no logré conciliar el sueño. Oía los crujidos de la tarima del suelo y los latidos acelerados de mi corazón. Aquel hallazgo casual me había quitado definitivamente el sueño. Repentinamente pensé en Ana: «¿Me consideraba sólo su confidente? ¿Un colega de profesión? ¿Qué esperaba de mí? ¿Era un simple acompañante durante su estancia en Valladolid?». Finalmente, conseguí dormir mientras me preguntaba qué estaría haciendo en aquel momento Ana.

